

conducta sistemática de buscarlo allí, esconderlo bajo un obstáculo diferente Y. Supongamos ahora que, una vez escondido el objeto bajo Y, impedimos al bebé extender su brazo inmediatamente, permitiéndole la conducta de búsqueda unos segundos después. Pues bien, si el intervalo entre esconder bajo Y y permitir al bebé buscar es de 10 segundos, los bebés de 7 meses dejan de producir el error típico, como si ya fueran capaces de ignorar, o como si hubieran olvidado, que el objeto había estado bajo X; sin embargo, con intervalos de 2 segundos, estos bebés buscan bajo X. Por el contrario, bebés de 8 a 12 meses siguen levantando el obstáculo X después de 10 segundos de que se les ocultara el objeto bajo Y (Diamond, 1995).

Sin lugar a dudas, los bebés tienen memoria. Pero, como se señaló al principio de este capítulo, la idea no es volver al siglo XIII y vestir a niños de un año con ropas de adulto, como si sus capacidades estuvieran ya plenamente desarrolladas. La memoria de los bebés es frágil, se refiere a acontecimientos y situaciones muy sencillas, y la duración de la huella mnésica está lejos de poder compararse con la que habrá tan sólo un par de años después. Además, como hemos visto antes a propósito de otras capacidades cognitivas, el funcionamiento de estos mecanismos es totalmente implícito, lo que significa que el bebé está aún lejos de poder proponerse recordar algo y poder elegir para ello unos procedimientos mejor que otros. Como para muchos otros contenidos revisados en este capítulo, uno de los mensajes fundamentales es que la trayectoria evolutiva que para las capacidades cognitivas se analiza en los capítulos 7, 12, 17 y 21 no es discontinua respecto a la analizada en las páginas precedentes. No hay, pues, un bebé puramente sensoriomotor cuyas capacidades estarían durante unos cuantos meses más cerca de las de los chimpancés y su inteligencia práctica, hasta adentrarse luego en el funcionamiento representativo y simbólico más típico de los humanos. Aunque en forma rudimentaria e incipiente, los bebés disponen de un repertorio cognitivo temprano que contiene de forma organizada los elementos y herramientas fundamentales de la inteligencia humana, incluidas las habilidades iniciales de comunicación y lenguaje de que se habla en el capítulo siguiente. Del uso que los bebés hacen de ese repertorio y de su evolución a lo largo de los dos primeros años hemos tratado de dar suficiente testimonio a lo largo de un viaje cuyo siguiente tramo de recorrido continúa en el capítulo 7. Por nuestra parte, sólo nos resta hacer una incursión en un ámbito de conocimiento muy diferente a los hasta ahora analizados, tal como habíamos anunciado al principio del capítulo.

5. Un objeto de conocimiento muy especial: el yo

Tenía razón Wallon (1932) cuando hace mucho tiempo escribió que la conciencia de sí mismo no es algo que exista en nosotros desde el principio; aunque empieza a formarse muy pronto, necesita de un largo proceso para

consolidarse; pero no se trata nunca de una consolidación definitiva, sino que va sufriendo cambios y transformaciones que reflejan, por un lado, las capacidades cambiantes con la edad, y, por otro, las experiencias vitales acumuladas. En este apartado se da cuenta de la evolución del concepto de sí mismo desde su albor hasta los 2 años; la evolución posterior de este muy peculiar conocimiento se muestra en los capítulos 9 y 13. Una descripción más detallada de esta evolución puede encontrarse en Palacios (1999a).

Si las personas que rodean al niño y la niña prácticamente no han hecho acto de presencia en todo el capítulo, sorprenderá poco que entren en escena en cuanto nos ocupamos de un contenido como la conciencia de sí mismo, que difícilmente podría desarrollarse fuera del marco de las interacciones sociales. De hecho, la conciencia de sí mismo emerge como un proceso de progresiva desagregación de la simbiosis inicial en que el bebé se encuentra respecto a quienes le cuidan y protegen. Simbiosis en primer lugar biológica y posteriormente, dada la absoluta dependencia que el bebé tiene de los cuidados que otros le proporcionan, existencial. Si un bebé aislado nos resulta inimaginable (sencillamente, no podría sobrevivir), el punto de partida es sin duda esa situación de intersubjetividad a la que Vygotski (1932-1934/1996) se refirió como una «conciencia primaria de comunidad psíquica»; según este autor (p. 306), el punto de partida de la conciencia del yo sería el «proto-nosotros», del que algunos meses más tarde acabarán diferenciándose un «yo» y un «tú» gracias a la «bipartición íntima» a que Wallon (1932) se refería.

En este proceso de desagregación o bipartición, a las emociones les cabe sin duda una parte importante. Dada la recurrencia de las situaciones en las que su incomodidad o su hambre, expresadas a través del llanto, encuentran alivio a través de los cuidadores habituales, asociados también a sus momentos de mayor tranquilidad y relajación, el bebé va construyendo poco a poco una relación afectiva intensa en la que se suceden estados emocionales de tensión y angustia, cuando las necesidades están insatisfechas y quienes las satisfacen no están presentes, con estados emocionales de relajación y satisfacción, cuando los cuidadores están disponibles. Por lo demás, las relaciones afectivas no están sólo vinculadas a las necesidades y tensiones fisiológicas, porque los cuidadores son también fuente de estimulación, de juego, de diversión (las cosquillas sobre la barriga, los sonidos divertidos, los gestos exagerados, los movimientos rítmicos...). Con el paso de los meses, estas relaciones van ganando en intensidad, pero también en diferenciación. Por una parte, entre distintos cuidadores, cada uno de los cuales tiene su propia forma de actuar, de estimular, de satisfacer necesidades; por otra parte, diferenciación entre el yo y los demás, porque la satisfacción de las necesidades no es inmediata, porque los cuidadores no siempre están presentes ni son la única fuente de estimulación, y porque además al tiempo que estos avances en el dominio afectivo se han ido

produciendo otros en el terreno cognitivo que van a contribuir poderosamente a esa diferenciación.

Puesto que sus cuidadores responden a sus llamadas, a su llanto y a su sonrisa, como quiera que los objetos responden a sus acciones y movimientos, y como además esto ocurre una y otra vez a lo largo del día (y, como los padres saben, frecuentemente a mitad de la noche), poco a poco se va definiendo en el bebé un sentimiento de eficacia personal, lo que algunos han llamado un sentimiento de «efectancia», entendido como la capacidad para producir respuestas contingentes por parte del entorno. Las primeras manifestaciones de este sentimiento aparecen en el periodo que va de los 4 a los 10 meses, intensificándose y sofisticándose a partir de ahí.

Las relaciones interpersonales se hacen más complejas a partir del establecimiento del apego a comienzos del segundo semestre del primer año de vida, con la distinción entre diferentes figuras de apego, con la jerarquía entre ellas, y con la diferenciación entre personas conocidas y desconocidas, aspectos todos ellos que se analizarán con detalle en el capítulo 5. Paralelamente, se van produciendo todos los progresos a que en las páginas anteriores nos hemos referido a propósito del conocimiento del entorno. En el contexto de estos avances, y un poco antes de su primer año (desde los 8-9 meses), los bebés empiezan a mostrar signos de autorreconocimiento cuando ven su imagen reflejada en un espejo o en la pantalla del televisor. Esos signos consisten, por ejemplo, en mostrar mayor interés por su propia imagen que por la de otros. Pero para que esto ocurra hace falta que el niño o la niña se estén viendo en directo, de manera que, por ejemplo, el movimiento que en ese momento están haciendo con su brazo sea el que se ve reflejado en la pantalla o en el espejo. Empiezan además a ser conscientes de que sus rasgos físicos reflejados en las imágenes son diferentes a los rasgos físicos de otras personas, aunque se trata por ahora tan sólo de una capacidad emergente. He aquí, por cierto, una prueba más del funcionamiento temprano de categorías básicas, en este caso con referencia a la distinción yo-no yo y en edades muy similares a las que más arriba vimos a propósito de la categorización de los objetos de la realidad.

Para cuando tienen en torno a 18 meses, niños y niñas están ya lejos del magma de simbiosis sincrética del que su yo ha ido poco a poco diferenciándose. Y si las relaciones de apego han dejado ya en el bebé para entonces el «modelo interno de relaciones interpersonales» a que se hará referencia en el capítulo 5, el conjunto de experiencias a que nos hemos referido en los párrafos precedentes ha sentado ya las bases para la formación en él de un «modelo interno de sí mismo» al que llamamos autoconcepto.

Aunque algunos son capaces de hacerlo ya a los 15 meses, la mayor parte de los bebés de 18 meses resuelven con éxito la «prueba de la mancha»: de forma subrepticia, a un bebé se le hace una mancha de carmín rojo en la frente; al cabo del rato, se lleva al bebé frente a un espejo: si la reacción consiste en señalar divertido la imagen reflejada, suponemos que no hay to-

davía autorreconocimiento (como si el niño estuviera diciéndonos: «¡Vaya pinta que le han puesto a *ese niño* del espejo!»); por el contrario, si el bebé se lleva sorprendido la mano directamente a su frente, tocándose la mancha de carmín, podemos concluir que está reconociendo su imagen y detectando la anomalía roja sobre sus cejas (como si se preguntara: «¿Qué es esto que *yo* tengo en *mi* frente?»). El hecho de que en estas edades se reconozca también en fotografías o en películas de vídeo en las que aparece haciendo algo que no coincide con lo que está haciendo ahora mismo (o con otras ropas, o a una edad algo inferior a la ahora tiene, etc.), pone de manifiesto que el bebé reconoce sus rasgos y los distingue de los rasgos de los demás. Ha surgido así lo que algunos han llamado el «yo existencial», es decir, la conciencia de que uno es diferente a los demás (Lewis y Brooks-Gunn, 1979).

Entre los 18 y los 24 meses (algo más tarde en algunos niños o niñas, sin que la demora en la cronología tenga en principio y por sí misma ninguna implicación especial), aparecen otras evidencias que prueban que la conciencia de sí mismo que había ido surgiendo en los meses anteriores está ya afianzada. Están, por una parte, los avances en el lenguaje, con la aparición de pronombres personales en los que el niño se refiere a sí mismo como «yo», «el nene» o «la niña» y a los demás como «tú» o «mamá» o «papá». A pesar de la complejidad que este tipo de pronombres tienen («yo» soy yo para mí, pero «tú» para quien se dirige a mí o «él» si a mí se refiere una persona que habla a otra), niños y niñas que están aprendiendo a hablar no los confunden, lo que entre otras cosas significa que tienen claras las diferencias y las fronteras entre las personas a que se refieren, incluido, naturalmente, uno mismo.

Por otra parte, entre los 18 y los 24 meses aparecen algunas manifestaciones conductuales que testimonian el afianzamiento de la conciencia de uno mismo y de la diferenciación entre el yo y los otros; nos referimos a conductas ligadas a dos tipos de situaciones: unas que implican sentimientos de competencia o incompetencia y otras que implican conciencia del acatamiento o violación de normas, sentimientos a los que en los capítulos 5 y 9 se da el nombre de emociones autoconscientes y sociomorales. Las primeras tienen que ver con la sonrisa y la satisfacción que los bebés experimentan cuando consiguen algo que se habían propuesto (el placer derivado del sentimiento de competencia), así como con su enfurruñamiento y frustración cuando fracasan; los sentimientos de competencia o incompetencia a que estas conductas remiten son ya una clara prueba de un yo midiéndose con las resistencias que la realidad ofrece a sus propósitos. Las segundas tienen que ver con la temprana interiorización de normas impuestas por los adultos, y se relacionan con la conducta paladina asociada a un comportamiento que entienden como correcto, o con el actuar embozado consecuente a la transgresión de alguna norma. Todo lo anterior implica que niños y niñas disponen no sólo del «yo existencial» que les hace sentir-

se distintos de los demás, sino también de un «yo categorial», definido por las capacidades, actitudes y valores que se van conformando alrededor de la conciencia de sí mismos y como parte de ella (Lewis y Brooks-Gunn, 1979).

Finalmente, por si hiciera falta alguna prueba más del afianzamiento de la conciencia del yo, entre los 2 y los 3 años es muy frecuente que niños y niñas atraviesen una fase a la que la literatura anglosajona se refiere como «los terribles 2 años» y a la que Wallon calificó como de cabezonería u oposicionismo: «Una fase combativa en la que el yo se conquista al mismo tiempo que se opone» (Wallon, 1946, p. 115 de la ed. cast.). No sólo ha conquistado ya el niño la noción de sí mismo, sino que además quiere intensificarla a base de oponerla y quiere que los demás sean tan conscientes como lo es él mismo de que dentro de aquel cuerpecito se esconde ya todo todo un individuo, todo un sujeto, toda una personalidad.

Todos estos progresos serían imposibles sin la base de desarrollo cognitivo que hemos analizado a fondo en este capítulo. Pero serían igualmente imposibles sin adultos, sin interacciones y sin relaciones. En los dos capítulos que siguen todo el protagonismo será para niños y niñas en el contexto de esos adultos, de esas interacciones y esas relaciones.